

LA UNDA

QUE DESCANSA EN EL SEGUNDO CUERPO DEL CATAVGO
ESTABA ADOBNADA EN SUS CUATRO LADOS
CON LOS SIGUIENTES EPIGRAMAS
(CITADOS EN LA PAG. 31.)

I

AL LADO DEL CORO.
Ecclesie jus tenuit, exilianda ferebat
Pro Grege servando, munera Episcopi annua.

II

AL LADO DEL EVANGELIO.
Sermone atque opere insignis fulgebat; honore
Maximus, et major Domini amore fuit.

III

AL LADO DEL PANTON.
Gloria ac plebem, magno consilio erudibat
Pervigil in Pastor curat ovile suum.

IV

AL LADO DE LA EPISTOLA.
Parporetatem amplectus, fastum scilicet abegit
Avis inops erat; sed Pictate nitens.

ORACION FÚNEBRE

DEL ILLMO. SR.

D. JUAN CAYETANO PORTUGAL

DIGNÍSIMO OBISPO

—DE—

MICHOACAN,

PREDICADA

EN LA SANTA IGLESIA CATEDRAL DE MORELIA EL 12
DE NOVIEMBRE DE 1850,

POR

EL LIC. CLEMENTE MUNGUA

Canónigo de la misma Santa Yglesia,
Provisor y Vicario Capitular del
Obispado.



MORELIA: 1850.

TIPOGRAFÍA DE IGNACIO ARANGO,
CALLE DEL VETERANO NUM. 6.

Donde está el Doctor es decir, que hacia correr hasta por las ideas y descendiendo hasta la inteligencia de las ideas el misterio y sublime libro de la religión y de la ley. Donde está el alma que ven constantemente hacia a su modesto teatro los honores ilustres decretados por la imitación al castigo y a la virtud. Donde está el cuadro eterno de la eternidad que hacia trazar la eternidad en las páginas de la eternidad. Donde está el Mecenas a cuyo noble acervo se elevan tantas repeticiones insignes. Donde está aquel cuya mano abierta como su corazón sobre las misericordias de los pueblos, parece multiplicar los panes para saciar a los hambrientos. Donde está el venerable Pontífice, con el que el alma se eleva al cielo por el resplandor de Dios.

Præterit figura hujus mundi.
I. CORINT. VII, 39.

Pasa la figura de este mundo.



Es aquí pues los siglos, los hombres y los pueblos: la parte positiva de la grandeza y el significado propio de la gloria, el colorido verdadero de esos fantasmas seductores, que subyugando la imaginación esclavizan la existencia, el terrible y soberano resumen del mundo y de su historia: símbolos tristes, emblemas de dolor, lágrimas y recuerdos. . . . Da un paso el tiempo, y las generaciones desaparecen: da un paso el tiempo, y los desengaños corren el triste velo por todas las ilusiones de la vida: da un paso el tiempo, y arrebatada de aquí la figura de este mundo, para hundirla en el abismo de la nada. *Præterit figura hujus mundi.*

¿Dónde está el Doctor esclarecido, que hacia correr hasta por las aldeas y descender hasta la inteligencia de las turbas el misterioso y sublime libro de la religion y de la lei? ¿Dónde está el sabio, que veia constantemente llegar á su modesto retiro los homenajes ilustres decretados por la admiracion al talento y á la virtud? ¿Dónde está el ciudadano eminente, que hacia triunfar la elocuencia en las tribunas de la nacion? ¿Dónde está el Mecénas, á cuyo noble arrimo se crearon tantas reputaciones insignes? ¿Dónde está aquel, cuya mano abierta como su corazon sobre las miserias de los pueblos, parecia multiplicar los panes para saciar la multitud, y prodigaba dulcemente los consuelos á la humanidad atribulada? ¿Dónde está el venerable Pontífice, cuyo rostro encendido como el de Moises por el reflejo de Dios, persuadia la virtud ántes de desplegar sus labios, y predicaba la fe con sola su presencia? ¿Dónde está el Ambrosio de la Iglesia mejicana? ¡Ah! mis voces se pierden en el sepulcro, como los gritos del viajero en las vastas soledades: los recuerdos inanimados vuelven el eco del corazon; mas nuestros ojos que ya no ven al grande Obispo, lloran sin medida y se fijan sin consuelo sobre ese monumento lúgubre terriblemente engalanado con los trofeos de la muerte.

La existencia humana, señores, como los rios que atraviesan el inmenso golfo, cruza la corriente de los siglos, y estos mismos vuelan constantemente á sumergirse en el seno de la eternidad. De esta manera pasa cuanto vive sobre la tierra, presentándonos el mundo como una brillante quimera, como un ser fantástico, como una figura transitoria. *Præterit figura hujus mundi.*

¡Triste condicion de la naturaleza humana, pues ni la misma inteligencia está libre del dominio de la vanidad! “Si yo he de morir lo mismo que el necio, decia aquel magnífi-

co monarca que habia hecho á los reyes tributarios de su genio, ¿de qué me sirve el haberme aplicado con el mayor desvelo á la sabiduría?”¹ Si en esto habian de terminar los nobles atributos y las producciones eminentes de tu alma sublime, gran Pontífice, ciudadano ilustre, ¿porqué te consagraste con tanto afán á recoger en tu mente los rayos de luz que difundias por tu Iglesia y por tu patria, aprisionando tus dolores en las páginas de los libros? Tú sorprendias al mundo: ¡triste conquista, pues sorprendias una forma vaga, una imágen fugaz, una figura que pasa rápidamente, para nunca volver!

Pero qué, ¿el oráculo del Apóstol proscribete para siempre los destellos de la sabiduría, y no deja ningun asilo para la verdadera gloria? Señores: si el mundo es una figura, es porque tiene una realidad: si el tiempo arrebatara su imágen entre sus olas, la eternidad aprisiona sus consecuencias y fija para siempre sus destinos. Muere el sabio, así como tambien el necio; mas la sabiduría verdadera, eterna como Dios, sacudirá el polvo de los sepulcros, para proseguir su magestuosa carrera bajo el esplendor perdurable de aquel astro que no tiene oriente ni occidente. Estas tristes solemnidades liquidan el corazon y bañan de lágrimas los ojos. Dios nos deja llorar, porque es el Autor de la naturaleza, y ha dado á nuestra vida por morada un campo vastísimo de tribulacion y de llanto; mas esa pira denuncia un gran misterio: es el trofeo de la religion sobre la muerte. Ese túmulo levantado sobre los pavimentos de la casa de Dios, posando sobre sepulcros, oprimiendo las generaciones y mirando á los cielos, rival triunfante de las pirámides y los obeliscos, salva la gloria del naufragio del tiempo, é inclinándose

¹ Ecles. Cap. II, v. 15.

nuestra frente ante el Supremo *Rei para quien todo vive*, acrisola la virtud y garantiza la inmortalidad.

Sí, señores: ante ese luto sublime de la religion puede citarse al mundo, para que comprenda su origen, sus leyes y sus destinos. Ahí tenéis el pensamiento de Dios y el pensamiento del hombre, el poder de Dios y el poder del hombre, la gloria de Dios y la gloria del hombre. Bajo sus basas reposan los siglos; en su cúspide brilla la eternidad. Como la columna misteriosa de Israel, ese túmulo está juntamente bañado de esplendor y cubierto de tinieblas: si le véis por uno de sus aspectos, os revela con sus dolorosos emblemas el poder irresistible de la muerte sobre la magestad, la grandeza y la gloria del mundo: si volvéis á otra parte vuestros ojos, descubriréis con trasporte el triunfo de la virtud sobre el dolor, de la esperanza sobre la muerte, y de la eternidad sobre el tiempo.

El tiempo, señores, con todo lo que mide en sus instantes y arrastra en su curso, es decir, el poder, la grandeza, los honores, la riqueza, la prosperidad, la sabiduría, la gloria misma, andan su carrera misteriosa presentando una faz á los cielos y otra faz al sepulcro. Con sus dos faces atraen al hombre, y el hombre dotado de libertad puede, como todo lo que posee, elevarse á la gloria ó inclinarse á la muerte, recibir la cadena de oro del tiempo que perece, inmoldando en la nada cuanto mas grato le habia parecido en el teatro de la vida, ó bien hacerlo entrar todo en el pensamiento sublime de su fin, y arrebatarse al dominio del tiempo lo único que no le pertenece, las obras imperecederas de la virtud, que dejando atras los siglos, vuelan á incorporarse de lleno en los atrios inmensos de la eternidad.

¡Desdichado de aquel que, apasionado irresistiblemente de las formas aereas de este mundo que pasa, como dice el

Apóstol, no tiene donde volver su corazon cuando le falta un objeto querido! ¡venturoso mil veces el que viviendo siempre bajo el influjo consolador de la fe y de la esperanza, no pone sus afectos en las criaturas, sino para ver en ellas esa escala mística de caridad, por donde asciende el corazon hasta perderse en el seno de aquel Ser incomprendible y eterno de donde emana toda la creacion!

¿Qué me resta pues, sino llamar el triste acontecimiento á la region de lo infinito, y asirme de la fe y de la esperanza, para mirar á mi heroe colocado ya en la eternidad? La santa Escritura nos enseña que la muerte es como la vida: la vida será pues el bálsamo para curar la herida consiguiente á una pérdida tan dolorosa.

Hai hombres que vienen al mundo y se retiran de él de una manera desapercibida: hai hombres que al descender al sepulcro miran volver á incorporarse en Babilonia, cubiertos de luto, pero sin perder sus encantos, ese pueblo de fantasmas que alimentaban su vanidad y su soberbia: hai otros que atraen muchas lágrimas á su postrimera mansion, porque dejan en la tierra mil plantas parásitas que solo vivian de su beneficencia y de su nombre, pero á los cuales no se les vió nunca volver á Dios lo que es suyo, y siendo benéficos é influentes, no se les pudo encontrar caritativos y santos. Hai otros empero, que nacen á la fe, viven en el culto de la esperanza y cierran sus ojos en el lecho de la caridad; que siempre atentos á su verdadero fin, tuvieron la firmeza noble de no reservar nada para sí, ni admitir cosa que no pudiera referirse á Dios, y que para valerme de la expresion del sabio, brillaron sobre los pueblos, presidiendo á todas las glorias, durante su vida, y bajaron al sepulcro precedidos de todas las esperanzas, acompañados de todas las virtudes y seguidos de todas las bendiciones; salvando así su